Capítulo I

INDIANA

Llegó a la caída de la tarde desde el norte, deslizándose sigilosamente entre los árboles como si aún se encontrara acechando a alguna presa. Sus pasos estaban cuidadosamente medidos: posaba primero el talón, siempre un pie detrás del otro en línea recta, y mantenía las rodillas convenientemente flexionadas para que amortiguaran cualquier sonido. A veces, cuando el terreno aparecía cubierto con una capa de hojas secas más gruesa, balanceaba el peso sobre la cara externa de sus pies, ralentizando su avance pero asegurando su discreción. Sobre su hombro derecho colgaban un par de conejos, las patas atadas por un cordel, que se mecían suavemente al ritmo de sus movimientos. En la mano contraria portaba un arco sencillo con una flecha aún montada, de manera que si surgía la necesidad de hacer uso de él sólo tendría que tensar la cuerda y disparar. Aquella mañana había dejado el rifle en el campamento: solía decir que los animales cazados con armas de fuego nunca perdían el sabor a pólvora. Al divisar el tenue resplandor de la hoguera, apretó el paso. Se encontraba lo bastante cerca del claro donde se reunían sus compañeros como para permitirse aquel desliz respecto a la cautela en su caminar. Con todo y con eso, su instinto de supervivencia natural provocó que su llegada pasara desapercibida para la mayoría de los hombres que se encontraban allí reunidos.

El círculo de luz que rodeaba la fogata se había convertido en un hervidero de mosquitos, de forma que el tipo que se encargaba de la comida se veía obligado a remover el contenido de la olla sin apenas levantar la tapa. Del interior del recipiente surgía un delicioso borboteo que, como descubrirían más tarde, no hacía justicia al sabor del guiso. El improvisado cocinero, un muchacho de apenas veinte años que había sido reclutado expresamente para las labores de menor importancia, se agitó inquieto al percatarse de la presencia que parecía haberse materializado súbitamente junto a él. Tras recolocarse el sombrero, un lamentable gesto para camuflar su nerviosismo, se hizo con los animales que habían sido dejados a sus pies. No pudo reprimir un escalofrío al observar el orificio que presentaba el cráneo de cada conejo. Habían sido dos disparos certeros, completamente limpios. Un hombre se aproximó al fuego, rompiendo el tenso y turbador silencio que presidía el crepitar de la lumbre.

–Si hubiera sabido que esta noche cenaríamos carne fresca no me habría atiborrado de pan seco –bromeó el recién llegado.

Se trataba de un hombre maduro, de rostro curtido y pequeños ojos negros que jamás dejaban de titilar, recordando irremediablemente a los de una rata. Las sombras que vertían las llamas sobre él le otorgaban un aspecto hierático que no encajaba con su carácter afable. Sin esperar una respuesta se sentó junto al muchacho que cocinaba, sobre un delgado tronco de abedul, y extrajo un cuchillo de su bota. Le faltaban el dedo corazón y una falange del meñique de la mano izquierda.

–¿Por qué no te sientas, Olive? –invitó, sin levantar la vista del conejo que se disponía a despellejar–. Charlie aún no ha vuelto.

La aludida, en cambio, sí centró en él su mirada, con manifiesto desinterés. Al cabo de unos minutos relajó la postura, se colgó el arco a la espalda y dio media vuelta. Sin pronunciar palabra se dirigió hacia la zona donde descansaban los caballos mientras los demás hombres que formaban el grupo avanzaban en dirección contraria, atraídos por el olor del guiso.

Poco antes de que el sol fuera engullido por el horizonte extendió sus últimos rayos a ras de suelo, al fondo del bosque, tiñéndolo momentáneamente de rojo fuego. Apenas unos minutos después llegó la fría luz del crepúsculo, derramando un celeste mortecino sobre las temblorosas hojas de los árboles hasta más allá de donde alcanzaba la vista. Las sombras se alargaron infinitamente tocándose unas a otras y se fundieron en una opacidad uniforme, húmeda. El anochecer trajo consigo la inquietud, el recelo. Los mismo hombres que horas antes trabajan hombro con hombro escrutaban los rostros de sus compañeros más cercanos con desconfianza, preguntándose qué ocultarían bajo aquellos sombreros, en el interior de aquellas chaquetas. Se encendieron algunas linternas solitarias, y cada uno fue a reunirse allí donde aparecía un cerco de luz que despejara sus temores más irracionales, a la espera de su turno de recibir un plato caliente con que llenarse el estómago.

El claro quedó inundado por un murmullo acogedor, acompañado del entrechocar de las cucharas contra los cuencos de madera. El individuo al que le faltaba parte de los dedos charlaba animadamente con otras tres personas que se encontraban sentadas alrededor de la hoguera donde se había cocinado. A su derecha, el muchacho artífice del estofado mordisqueaba con fruición un pequeño trozo de carne que había rescatado de las profundidades de la olla, ajeno a la conversación que se desarrollaba a su lado.

–Tenía unos pechos que olían a rosas y a desierto, y cada noche la contemplaba secar la saliva con que los borrachos los salpicaban. Eran una perdición. Conocía algunas canciones que sonrojarían a las más pudorosas, era lo que más me divertía de ella. Por aquella hermosa bailarina de Kansas City perdí medio meñique, hace ya de esto doce años –explicó orgulloso el tipo de los ojos de rata, después de haber enumerado otras tres historias similares correspondientes a las respectivas falanges de su dedo corazón, o más bien a la ausencia de ellas. A partir de aquel momento a ninguno de los presentes le cupo la menor duda de que la cordura no era su punto fuerte.

–¿Qué dedo te cortarás cuando me vaya yo, Samuel? –preguntó la llamada Olive, que acababa de acercarse a ellos.

Durante la milésima de segundo que permaneció pendiendo del aire el silencio anterior a la respuesta, los hombres alzaron la vista hacia ella como si pretendieran leer en su rostro la verdadera intención de sus palabras, sutilmente camufladas por un tono dulce e inocente. Sin embargo, en el interior de sus almendrados ojos verdes sólo se atisbaba un brillo de ternura paternofilial.

–Tendré que cortarme las dos manos, querida. Y quizás incluso sea necesario perder un pie también –aseguró el aludido con comicidad, pero sonriendo sinceramente.

Samuel palmeó el tronco con suavidad, indicándole a la mujer de rasgos ligeramente indígenas que tomara asiento en el hueco que quedaba a su izquierda. Cuando ésta hubo aceptado su invitación, le tendió una ración de guiso y regresó a su conversación distraídamente.

Resultaba cuanto menos llamativa la presencia de una persona del sexo femenino en aquel lugar, en aquella situación, por lo que se hacía muy complicado no tratar de observarla disimuladamente. Tal vez el hecho de que utilizara ropas como las de los hombres, unos pantalones y una camisa de gamuza, aliviara la peculiaridad de la imagen, pero ni siquiera su sencilla vestimenta conseguía disimular por completo su hipnótica feminidad. Su piel, excesivamente bronceada en comparación con la de las mujeres pálidas de ciudad, así como sus maneras bruscas y algo primitivas, disuadían a cualquier incauto que tuviera la tentación de acercarse más de lo debido a ella. Por otra parte algunos se sentían intimidados por aquellas plumas de halcón que se adivinaban entre sus cabellos, confirmando que las historias que se contaban estaban al menos fundamentadas en algo real. El muchacho encargado de la comida se preguntó si también habría cazado los pájaros a los que pertenecían.

Unas espuelas tintinearon entre la espesura, desviando su atención de improviso y provocando que su corazón se desbocase. Su juventud e inexperiencia habían hecho que durante toda la jornada se sobresaltara constantemente, a veces ante situaciones tan ridículas que tras el susto inicial había querido asegurarse de que nadie se había percatado de su reacción. Una vez que el sol se había puesto y el bosque había quedado absorbido por una negrura impenetrable, su miedo no había hecho más que crecer. Una sombra se movió entonces sobre las otras que configuraban el fondo del claro donde se encontraban, y su instinto hizo el resto. Sus dedos se crisparon sobre el gatillo del revólver. La sangre le martilleaba en los oídos. De nuevo aquella furtiva silueta deslizándose por la linde del bosque, pero esta vez otro oscuro perfil se había sumado a ella. Notaba la boca seca, cada músculo de su cuerpo en tensión. Miró de reojo a sus compañeros, uno a uno, y descubrió que permanecían ajenos a lo que había incitado su alarma. Volvió a sentirse estúpido por haberse precipitado, por haberse dejado llevar ante lo que probablemente no fuera más que una ilusión. Intentó serenarse, recuperar la compostura, pero una breve risa hizo que no pudiera desterrar el nerviosismo que se agitaba en lo más hondo de su pecho. Sus ojos se toparon con los de la mujer, que parecía encontrar muy gracioso su comportamiento.

–¿De dónde demonios sacas a estos muchachos, Samuel? –sonrió maliciosamente Olive–. La mitad de ellos parecen tan asustados como si jamás hubieran dormido a la intemperie.

–No sea dura con él, pequeña –respondió el hombre, comprendiendo de inmediato a qué se debía aquel comentario–. Es la primera vez que Pat trabaja con la banda, es normal que tema ser sorprendido.

–Me pareció ver a alguien –masculló el joven a modo de disculpa, sonrojándose.

–Nunca mires demasiado rato a la oscuridad o te volverás completamente loco, ranchero.

Un revuelo sacudió la zona donde se encontraban atados los caballos. El resoplido inquieto de los animales sacó a Pat de su ensimismamiento, pero antes de que pudiera siquiera ponerse en pie para ir a calmarlos quedó paralizado de impresión. A un palmo escaso de su posición se materializó la figura de un hombre de mediana edad de cuyo rostro sólo era posible distinguir la parte inferior, salpicada por una barba de varios días, pues el resto permanecía cuidadosamente oculto bajo el ala del sombrero. Al caminar, sus botas producían un sonido metálico que, como Pat comprobó, tenían su origen en el mismo par de espuelas cuyo rodar lo había alterado recientemente. Si no hubiera sido porque reconoció instantáneamente a la persona que se encontraba a su espalda, el muchacho hubiera vuelto a entrar en pánico.

La visión del afamado forajido Bill Turner no resultaba tan temible por su complexión robusta como por el halo de majestuosidad que lo envolvía. El paso del tiempo no lo había tratado demasiado bien, encorvando sutilmente sus hombros y añadiendo canas a su pelo de manera indiscriminada a sus apenas cuarenta años de edad. Los abultados músculos de sus mejillas difuminaban la severidad general de sus facciones, aunque su expresión estoica bastaba para disuadir a cualquiera de sentir un ápice de compasión por él. Su boca, una línea recta por encima de aquel prominente mentón, parecía el corte de un cuchillo en la corteza de un árbol al que cada sonrisa hiciera sangrar. Tenía los ojos grises, profundos, producto de su herencia materna; se contaba que podía permanecer tanto tiempo sin parpadear que producían el mismo efecto hipnótico que los de las serpientes. Gustaba de cuidar su aspecto en la medida que sus correrías se lo permitían, y se sentía hasta tal punto incómodo cuando se percataba de la incipiente barba que siempre llevaba consigo una navaja de afeitar. Vestía con refinado atildamiento: camisa plisada, pañuelo anudado al cuello por debajo de una chaqueta sin mangas, levita oscura y sombrero de fieltro. Procuraba, asimismo, mantenerse correcto en sus formas, como si de ese modo pudiera justificar su sangre fría. Hombre culto, de intachable resolución, versado en letras y matemáticas, había cambiado su apellido haciendo imposible determinar su lugar de procedencia, y quién sabía si tampoco Bill era su nombre real. Se declaraba romántico por naturaleza, aficionado a la poesía y las novelas de bandidos, las cuales encontraba realmente divertidas.

No mataba damas, niños ni salvajes, tal vez por respeto a su cultura, tal vez por respeto a su protegida, poco importaba. Llevaba poco tiempo en activo, o al menos siendo considerado lo bastante peligroso para preocupar a las autoridades, pero el elevado número de muertes que se le atribuía unido a los más de treinta asaltos a diligencias perpetrados con su banda en los últimos dos años habían hecho que le pusieran un alto precio a su cabeza. No obstante, la incompatibilidad de las descripciones proporcionadas por los escasos supervivientes que dejaba a su paso reducía prácticamente a cero las posibilidades de atraparlo. Y sin embargo allí estaba en ese momento, a tan pocos metros que Pat podía escuchar su respiración incluso sobre el murmullo del grupo.

Su aparición no había pasado desapercibida: la hoguera donde se había preparado la cena enseguida quedó rodeada por el resto de hombres reclutados para formar parte de la banda. Samuel fue el primero en ponerse en pie para recibir a su jefe obviando por completo al tipo de las espuelas, con el que casi chocó.

–Ya empezaba a pensar que te habías olvidado de pasar a buscar a tus hombres, maldito Turner –rió, al tiempo que le estrechaba la mano con efusividad.

Se hizo un silencio sepulcral, cargado de expectación. Todos temían cuál sería la reacción del forajido ante aquella descarada muestra de confianza. Él se limitó a esbozar una suave sonrisa, pero aquel gesto que pretendía resultar amistoso deformó sus facciones de manera indescriptible.

–Fíjate en cómo te miran todos, Samuel. ¿Has vuelto a contar esa absurda historia sobre los dedos que te faltan?

El aludido se encogió de hombros sin dejar de mostrar su desdentada sonrisa, quitándole importancia al asunto.

–Que empiecen a levantar el campamento, partiremos dentro de una hora. Quiero las armas cargadas y preparadas en los caballos, y encárgate tú mismo de apagar el fuego o medio condado se enterará de que estamos aquí –ordenó Bill.

Sus palabras confirmaron lo que muchos ya sospechaban acerca de la relación que unía a los dos hombres. Según lo que el propio Samuel había explicado a Pat, él se encargaba de reclutar a los muchachos óptimos para cada trabajo, instruir a los más jóvenes y supervisar las tareas que les eran encomendadas, resultando evidente la profunda confianza que depositaba Bill en éste.

En apenas cinco minutos el grupo al completo se había puesto en marcha. Los más diestros se encargaron de poner a punto las armas, comprobando que no se engatillaran y cerciorándose de que disponían de una bala en la recámara. Después las aseguraron bajo los faldones de las sillas de montar, cuidándose de no apretar demasiado las cinchas para que pudieran ser desenfundadas lo más rápido posible. Pat y otro muchacho de nervios exaltados se dedicaron a empaquetar los aperos de cocina cerca de la hoguera. Serían los encargados de vigilar el campamento mientras el resto de la banda asaltaba aquella diligencia, y aunque su parte del botín no sería tan cuantiosa como la del resto tendrían la oportunidad de volver a trabajar para Bill en próximas ocasiones.

La arboleda a través de la cual se encaminaban se reducía a un complejo entramado de árboles y vegetación salvaje tan espesa que frenaba el avance de la banda con desesperante frecuencia. La oscuridad se había propagado sin miramientos mucho antes de que abandonasen el claro, convirtiendo el paisaje en una densa maraña de sombras impenetrables hasta más allá de donde les alcanzaba la vista. Al sonido de fondo de la nocturnidad del bosque se sumaba únicamente el crujido de las hojas bajo sus pies y el zumbido de los mosquitos atraídos por el calor que desprendían las monturas. Se respiraba un cierto aire de tensión, de miedo camuflado tras las mandíbulas apretadas de algunos de los hombres, que perduró incluso cuando Samuel les indicó que habían llegado por fin a la linde de la floresta. Se alejaron de los caminos transitados y de aquellos lugares donde la hierba crecía de manera irregular dando a entender que eran zonas de paso utilizadas con relativa periodicidad. Negro sobre negro en la noche casi sin luna, el grupo emprendió el viaje por la llanura en pos de Bill. La sensación de un millar de ojos acechándolos era generalizada a pesar del amparo que la penumbra les ofrecía. Quién sabía qué animales podrían ocultar las hierbas altas, amén de otras hostilidades en las que muchos no querían ni pensar.

El amanecer se encontraba ya próximo, y en la distancia se apreciaba un halo de claridad naciendo entre la silueta de unas montañas. Habían tardado unas seis horas en recorrer el trayecto, debido principalmente al ritmo lento que habían impuesto a sus caballos para evitar que se sofocaran y resultaran inútiles si surgía la necesidad de emprender una retirada inesperada. Charlie, el tipo de las espuelas, calculó que, con suerte, aún les quedaba otra hora al menos para llegar a su destino si no tenía en cuenta la parada de rigor para reponer fuerzas antes de iniciar los preparativos del asalto o por alguna otra razón. Como si hubiese leído sus más profundos pensamientos, uno de los hombres que lo precedía se desprendió del grupo paulatinamente y desmontó con cierta urgencia. El suspiro de alivio que dejó escapar tras haber orinado arrancó una carcajada a sus compañeros.

–Cúbrelo con un poco de tierra, Wood, ¡puede olerse desde una milla! ¿Qué diablos has estado bebiendo? –le espetó uno de los hombres más rezagados.

Sin embargo otros de los muchachos pronto se sumaron a su iniciativa, acusando los efectos del largo viaje.

No alcanzaron la falda de la montaña hasta poco antes del mediodía. El silencio había vuelto a adueñarse de la comitiva debido al cansancio que los embargaba y a la drástica subida de temperatura que experimentó la llanura con la ascensión del sol en el cielo. Para cuando hubieron descabalgado el sudor resbalaba por sus rostros creando surcos irregulares en la suciedad adherida a ellos y hacía que las camisas se les pegaran a las espaldas. La mayoría de las chaquetas y levitas descansaban sobre los flancos traseros de los animales, desterradas allí tras comprobar el infierno en que se había convertido el paraje.

–Moderad la cantidad de agua que bebéis, creo que no os será difícil comprobar que la que hay en las cantimploras será la única de la que dispondremos hasta que regresemos al bosque –señaló Bill –. Buscaremos una sombra para resguardarnos, comeremos un poco y nos pondremos manos a la obra, ¿entendido? Si necesitáis descansar dormid un par de horas por turnos, pero no quiero encontraros a todos ahí tirados a la vez. A media tarde nos reuniremos para repasar el plan –se giró hacia Samuel, que ya se hallaba enfrascado en las tareas que le habían sido asignadas, y añadió –. Ocúpate de organizar al primer grupo. Charlie te relevará cuando estemos listos; K. Russel y tú vendréis conmigo.

–¿Y los muchachos? –preguntó su interlocutor, señalando con un ademán a los más jóvenes.

La mirada crítica de Bill recayó sobre los aludidos. Tras unos segundos de meditación, concluyó:

–Que se encarguen de vigilar los caballos y cuiden que no les falte nada a sus compañeros. Más tarde les indicaré dónde deberán permanecer durante el asalto.

Atendiendo a las órdenes de su superior cada uno se puso manos a la obra tras llenarse el estómago con unos cuantos bocados de carne fría, puesto que les habían prohibido encender cualquier clase de fuego. Durante las horas en que el sol se mantuvo impasible sobre sus cabezas los hombres de Bill se agazaparon al amparo de las rocas, en los resquicios de sombra que creaban una falsa ilusión de frescura. Muchos se dejaron vencer por el sopor, mecidos en la suave y calurosa brisa, y las conversaciones se apagaron progresivamente. Sugestionados por aquella atmósfera de serenidad los muchachos más jóvenes hablaban en susurros mientras alimentaban a los caballos y se afanaban por secar sus sudorosas grupas.

–Me muero de ganas de meterle una bala en la cabeza a esos hijos de puta –decía Jimmy, rascando con un cuchillo la tierra que se había incrustado en los cascos de uno de los animales.

–Ya los has escuchado, no vamos a tomar parte en eso. Cuidaremos de esa pobre bestia que carga las tiendas y los cacharros para cocinar, y nos ocuparemos de que cada uno disponga de munición suficiente. Eso es todo –le recordó su compañero, sensatamente.

–¿De verdad te crees esas patrañas? ¡Sólo nos están poniendo a prueba!

–Escucha una cosa, Jimmy, y piensa en ello –lo interrumpió Pat, que comenzaba a estar harto de sus fantasías infantiles –. ¿Cuántas veces has disparado en tu vida? ¿A cuántos hombres has matado? ¿Qué has robado, aparte de alguna gallina vieja que nadie quería ya? No van a encomendar sus vidas, su seguridad, a un par de críos como nosotros, ¿lo entiendes?

No esperaba que sus palabras tuvieran un efecto inmediato sobre el joven, sino que aplacaran su excitación y contuvieran su inquieta lengua. Su actitud impulsiva lo enervaba sobremanera y ya tenía suficiente con soportar el dolor de nalgas que le había provocado el interminable trayecto a caballo como

para preocuparse por el nerviosismo crónico de Jimmy. Dirigió una mirada al resto de los hombres, que en aquel momento se dedicaban a verificar que sus armas funcionaban correctamente y que los cartuchos con que las cargaban no eran defectuosos. Contuvo un suspiro. A él también le hubiera gustado poder participar en aquel asalto de manera más activa, pero debían reconocer sus limitaciones.

A primera hora de la tarde Charlie se separó del grupo, adentrándose en el desfiladero con un cigarro en una mano y la otra apoyada sobre uno de sus revólveres. No dio explicaciones ni se molestó en informar a su jefe de sus intenciones; simplemente se levantó y se marchó. Al cabo de un rato lo siguieron Samuel y aquel tipo con pinta de herrero, K. Russel lo habían llamado. Por su forma de actuar y de relacionarse con sus compañeros debía haber trabajado con la banda en varias ocasiones; se mostraba seguro, decidido, dispuesto a realizar cualquier tarea que se le encomendara.

Más tarde, cuando apenas quedaba una hora para la puesta del sol, los hombres de Bill regresaron a por sus monturas en silencio. Había llegado el momento de pasar a la acción.